



*miscelánea*

# E.L. DOCTOROW

El libro de Daniel



Traducción de Isabel Ferrer y Carlos Milla



EL LIBRO DE DANIEL

E. L. DOCTOROW

# EL LIBRO DE DANIEL

Traducción de  
Carlos Milla e Isabel Ferrer

*m...*  
*miscelánea*

Título original:  
*The Book of Daniel*

© E. L. Doctorow 1971

Primera edición: mayo de 2009

© de la traducción: Carlos Milla e Isabel Ferrer

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.  
Marqués de l'Argentera, 17, Pral.  
08003 Barcelona  
[www.miscelaneaeditores.com](http://www.miscelaneaeditores.com)  
[info@miscelaneaeditores.com](mailto:info@miscelaneaeditores.com)

Impreso por Brosnac, S. L.  
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-936628-4-4  
Depósito legal: M. 14.599-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Jenny y Caroline y Richard

El heraldo proclamó con fuerza: «A todos ustedes, pueblos, naciones y lenguas, se les ordena lo siguiente: Apenas escuchen el sonido de la trompeta, el pífano, la cítara, la sambuca, el laúd, la cornamusa y de toda clase de instrumentos, ustedes deberán postrarse y adorar la estatua de oro que ha erigido el rey Nabucodonosor. El que no se postre para adorarla será arrojado inmediatamente dentro de un horno de fuego ardiente». Por tal motivo, apenas todos los pueblos oyeron el sonido de la trompeta, el pífano, la cítara, la sambuca, el laúd, la cornamusa y de toda clase de instrumentos, todos los pueblos, naciones y lenguas se postraron para adorar la estatua de oro que había erigido el rey Nabucodonosor.

Daniel 3:4

Vengo con música enérgica, con cornetas y tambores,  
no sólo ejecuto marchas en honor de los vencedores,  
las ejecuto también en honor de los vencidos y los muertos.

Walt Whitman, *Canto de mí mismo*\*

América, te lo he dado todo y ahora no soy nada...  
No soporto mi propia mente.  
América, ¿cuándo acabaremos con la guerra humana?  
Anda y que te jodan con tu bomba atómica.

Allen Ginsberg, *América*

\* *Hojas de hierba*, Organización Editorial Novaro, Barcelona, 1977. Trad. de Francisco Alexander.

## ÍNDICE

### **Libro primero**

Día de los Caídos ..... 13

### **Libro segundo**

Halloween..... 133

### **Libro tercero**

Estrella de mar..... 235

### **Libro cuarto**

Navidad..... 329

LIBRO PRIMERO

DÍA DE LOS CAÍDOS

**E**l Día de los Caídos de 1967 Daniel Lewin hizo a dedo el viaje de Nueva York a Worcester, Massachusetts, en poco menos de cinco horas. Lo acompañaban su joven esposa, Phyllis, y su hijo de ocho meses, Paul, a quien Daniel llevaba en una sillita cargada a hombros como una mochila. El día, caluroso y encapotado, amenazaba lluvia, y el tráfico de primera hora de la mañana se preguntaba... mejor dicho, el tráfico de primera hora de la mañana era escaso, pero pocos conductores pasaban por delante de ellos sin preguntarse quiénes eran y adónde iban.

Esto es un rotulador Thinline, negro. Esto es un cuaderno de redacción 79C fabricado en Estados Unidos por la papelería Long Island Paper Products Inc. Éste es Daniel probando uno de los huecos oscuros de la Sala General. Los libros de consulta general se encuentran en los estantes. Estoy sentado ante una mesa con una lámpara de pie junto al hombro. Al lado de esta sala revestida de madera, con sus entrantes recubiertos de libros alineados, está la Hemeroteca. En la Hemeroteca hay muchos periódicos prendidos de varillas, revistas de todo el mundo y las donaciones de asociaciones eruditas. Al final del pasillo están la Sala de Lectura Principal y la entrada al almacén donde se guarda el fondo de la biblioteca. En los pisos de arriba tienen las colecciones especiales de las distintas bibliotecas de facultades, entre otras la Biblioteca de la Escuela de Bibliotecarios. En la planta baja hay incluso una delegación de la Biblioteca Pública. Me siento animado a seguir.

Daniel, un joven alto de veinticinco años, tenía el pelo rizado y lo llevaba largo. Las gafas de montura metálica y el poblado bigote, castaño como el pelo, le daban un aspecto, si no mayor, sí más seguro de sí mismo y de sus opiniones. Aceptémoslo, se le veía muy en la onda, estudiadamente en la onda. De hecho, en su apariencia no había dejado un solo detalle al azar. Si hubiese vivido en los años treinta y hubiese ido así por el mundo, habría sido un joven rojo. Un rojo de cafetería. Lucía una chaqueta de presidiario y vaqueros azules. Su mujer, de diecinueve años, oriunda de Brooklyn, tenía el pelo rubio natural, largo y liso, y ese día lo llevaba recogido en trenzas. Le llegaba a Daniel a la altura de los hombros. Vestida con un pantalón de pata de elefante floreado y un poncho caqui impermeable, acarreaaba las cosas del bebé en una pequeña bolsa. Le gustaba, por principio, hablar con los desconocidos y así hacerles perder el miedo, y si bien inicialmente Daniel no quería que le acompañara, ahora se alegraba de haber cedido. No tuvieron grandes dificultades para encontrar a alguien que los llevara. Ella hablaba por Daniel mientras él miraba por la ventana. Los coches, advirtió Daniel, eran muy grandes y espaciosos y cómodos. Las personas que los conducían no los trataban con miedo, sino con actitud paternal. Mostraban curiosidad y saltaba a la vista que les divertía llevar en sus coches a estos jóvenes norteamericanos que con toda seguridad fumaban marihuana pese a tener un bebé.

A eso de la una los dejaron en Worcester, en la Interestatal 9, a un par de kilómetros de su destino. Tenían ante sí una cuesta larga y empinada. En lo alto de la cuesta estaba la entrada al hospital estatal de Worcester, aunque tan lejos que no se veía. Si bien era la primera vez que Daniel iba allí, las indicaciones de su padre habían sido precisas. El padre de Daniel era profesor de Derecho en el Boston College, a sesenta y cinco kilómetros al este.

No le gustó que me casara con Phyllis, tampoco a mi madre,

pero, naturalmente, se lo callaron. Los liberales progresistas son así. Phyllis, que colgó los estudios en primero de carrera, no tiene nada que aportarles. Los liberales también son así. Confunden el carácter con la educación. No creen que lleguemos a ser unos viejecitos encantadores cuya fuerza reside en su mutua compañía. Tal vez intuyan el fuerte contenido erótico de mi matrimonio y les desagrade. Phyllis es una de esas chicas torpes de muslos grandes y tetas grandes y un precioso rostro delgado cuyas madres ancestrales debieron de criarse en harenas. Una de esas hembras reproductoras desvalidas y poco atléticas que atraen a los califas. Una de esas dunas de arena concebidas para pisotearlas. Tal vez teman que yo la pisotee.

Daniel se planteó coger un autobús urbano hasta lo alto de la cuesta, pero había tal atasco que casi llegarían antes a pie. Con Phyllis al lado, apoyando ligeramente la mano en su brazo, y con los pulgares bajo las correas de la sillita del bebé, emprendió el arduo ascenso. Había embotellamiento en los dos sentidos, y una bruma azul de gases de escape flotaba en el aire denso. Daniel se la imaginó enroscándose alrededor de sus tobillos, su cadera y finalmente su garganta. Junto a ellos, una tapia de piedra separaba la acera del recinto hospitalario. En el lado opuesto de la carretera había gasolineras, tintorerías, túneles de lavado, tiendas de bebidas alcohólicas, pizzerías. Ondeaban banderas norteamericanas por todas partes.

Al acercarse a lo alto de la cuesta vieron una marquesina de piedra donde unas cuantas personas esperaban el autobús. Llegó uno. Descargó a los pasajeros, cerró las puertas con un silbido y desapareció más allá de la cuesta. Ni una sola de las personas que esperaban en la parada había hecho el menor ademán de subir al autobús. Una mujer vestía un jersey que le quedaba pequeño, una falda larga y holgada, calcetines deportivos blancos y zapatillas de andar por casa. Un hombre iba en camiseta. Otro hombre lle-

vaba los zapatos con las punteras recortadas, una chaqueta azul de sarga sucia y pantalón marrón. Había algo extraño en esa gente. Hacían muecas. Uno sonreía a nada en particular y dejaba de sonreír, sonreía y dejaba de sonreír. Otro movía la cabeza en un vehemente gesto de negación. Casi todos tenían bolsas de papel marrón, enrolladas y apretadas contra el vientre. Parecían llevar la vida misma en esas bolsas. Daniel cogió a Phyllis del brazo. Cuando llegaron a la parada, esas personas raras se dispersaron y flotaron alrededor de ellos como palomas que se apartaban de su camino, flotaron alrededor y se reagruparon detrás, agitándose inquietas bajo la marquesina tras su paso. Excepto un hombre. Un hombre, el de la camiseta, echó a correr por delante de ellos y miró hacia atrás por encima del hombro cuando entraron en el recinto del hospital. Echó a correr por delante de ellos haciendo girar el brazo igual que el aspa de un molino, como si intentara desprenderse de la bolsa de papel enrollada que mantenía sujeta en el puño. Más allá de él, en la calle arbolada (donde el humo del aire se disipaba entre los árboles), se extendía, con sus torrecillas, el hospital estatal de Worcester, una instalación pública para enfermos mentales.

¡CONQUE ES ALLÍ ADONDE VAN!

De la *Biblia de Dartmouth*: «Daniel, Modelo de Fe en Tiempos de Persecución. Pocos libros del Antiguo Testamento han estado tan plagados de enigmas como el Libro de Daniel. Aunque contiene algunos de los relatos más conocidos de la Biblia, nueve de sus doce capítulos narran extraños sueños y visiones que han desconcertado a los lectores durante siglos».

En realidad puede que haya que empezar por la noche anterior, la víspera del Día de los Caídos, cuando sonó el teléfono. Y Daniel y su flamante esposa niña se hallan en plena actividad sexual en su cubil de la calle Ciento quince. La música de los Stones palpita en el aire como el pulso amplificado de mi erección. Y por

fin la tengo a cuatro patas, ahí colgada de su juventud y su vergüenza, el pelo rubio caído sobre los ojos, lágrimas resbalando como cuentas de colores por los largos cabellos rubios de su melena lacia. El teléfono está a punto de sonar. El problema de Phyllis es que cuando está fumada le salen todas las inhibiciones. De pronto está tensa y vulnerable y el sexo entre nosotros la degrada. Phyllis se crió en un apartamento de Brooklyn, y su vida de hippy es adoptada, es un principio. Su amor por la paz es un principio, su melena, su amor por mí: todo principios. Decisiones políticas. Fuma hierba por principio, y en ese punto estamos ahora. Sus creencias instintivas, ajenas a todo principio, afloran a la superficie y sus rodillas se resisten a separarse. Se convierte en una mártir del sexo. Creo que por eso me casé con ella. Así que el teléfono se dispone a sonar de un momento a otro y he aquí a la tierna Phyllis de Brooklyn padeciendo otra penetración y a su torturador Daniel amasando delicadamente, a puñados, ese culo tierno, a la vez que sondea su virtud, su maternidad, su vacío, sus resistencias vencibles, su depósito, su mantequera, y explora la pequeña geografía de esos lejanos archipiélagos, esa geología de formaciones glandulares, estalinitas y trotskitas, las estalinitas crecen de arriba abajo, las trotskitas de abajo arriba, o es al revés; y cuando ya no debemos de estar a muchos segundos de un crudelísimo orgasmo, entonces, justo entonces, suena el teléfono. Es el teléfono que suena. El teléfono. Creo que es el teléfono.

Pero cómo conseguir que esta escena transmita la belleza adenoidea de Phyllis, la nariz afilada y la piel clara y los luminosos ojos polacos. O su manera de dar por sentada la vida, rasgo tan propio de las adolescentes con cultura de instituto. Cómo podría la escena dejar entrever la deuda que pagan los maridos por sus excesos. Ya agitándose en este matrimonio de menos de dos años se percibían las formas de mi temerosa amabilidad asomando como una acuarela mágica por efecto de la fricción con Phyllis. Y

si ésta es la primera imagen que tiene la gente de mí, ¿cómo voy a despertar simpatía? Si quiero mostrar la irrupción del desastre en un momento que redunde más en mi descrédito, por qué no empezar por el almacén de la biblioteca, por Daniel paseándose entre sus estanterías, buscando, ya demasiado tarde, una tesis.

El hospital de Worcester está en la Interestatal 9 en Worcester, Massachusetts, en lo alto de una colina con vistas al lago Quinsigamond, una masa de agua tan serena que es famosa por las regatas de remo. El hospital en realidad se compone de dos hospitales, uno viejo y otro nuevo. El nuevo, más retirado en el interior del bosque, no nos interesa. Como no tiene escaleras, es para los pacientes de mayor edad. El hospital viejo se erigió a principios de siglo. Se diseñó con la idea de que era posible aliviar la locura en un entorno de belleza arquitectónica. Es lúgubremente victoriano, con puertas arqueadas de roble y parteluces en las ventanas. Otro detalle de considerable interés es que, contra la creencia popular, éste es un manicomio donde no hay hacinamiento. De hecho, cuando llegó Susan, estaba medio vacío. Eso es porque los métodos terapéuticos modernos, entre los que se incluyen los fármacos tranquilizantes, han puesto fin a la necesidad de privar de libertad a todo aquel chiflado que por casualidad viva en Worcester, Massachusetts, o alrededores. Ahora su finalidad es recluir sólo a los pacientes que fuera son incapaces de cuidar de sí mismos, o a los que presentan tendencias homicidas. Incluso éstos tienen previsto un régimen de visitas a sus casas los fines de semana, si es que tienen casa, y otros privilegios similares. La teoría es que el entorno habitual de la persona es terapéutico. La teoría es que la persona quiere irse a casa.

Daniel encontró a su hermana en la Sala de Mujeres. Allí, las paredes son de color amarillo, ocre y tostado. El techo es de color

tostado. Las sillas son de color verde oscuro, imitación piel, con brazos y patas de tubo cromado. Hay dos televisores, uno en cada extremo de la sala, y un revistero. Susan era la única paciente en la sala. Una auxiliar con uniforme blanco y esas medias blancas con las que las piernas parecen más gordas de lo que son se hallaba sentada con las piernas juntas en una silla de respaldo recto al lado de la puerta. Se toqueteaba el pelo y leía *Modern Screen*. ¿Dick ama de verdad a Liz? Permíteme, lector, que, en señal de mi buena fe, me formule yo mismo la pregunta. No creo que la ame de verdad. Creo que le tiene cariño. Creo que le gusta comprarle cosas exorbitantemente caras y también echarle algún que otro polvo. Creo que ama esa vida, la atención de la cámara, la importancia trascendente de cada pedo que se tira. Creo que ama el engaño de dimensiones espectaculares. Creo que si los pusieran a prueba en una situación a vida o muerte, quizás acabaría amándola.

Habían puesto a Susan una de esas batas de hospital sin cinturón ni cuello, y unas zapatillas blandas. Le habían quitado las grandes gafas de abuela que siempre parecían poner de relieve la amplitud de su inteligencia y la sinceridad de su interés en todo aquello que miraba. Entornando sus hermosos ojos azules de chica miope, escudriñó a Daniel. Cuando vio que era él, abandonó todo empeño por mirarlo y volvió a reclinar la cabeza contra el respaldo de la silla. Ocupaba una silla verde imitación piel, con los brazos apoyados en los brazos de tubo cromado y los pies bien plantados en el suelo con sus zapatillas. Tenía un aspecto espantoso. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, apartado de la cara, como nunca se lo habría peinado. Siempre se hacía la raya al medio y se lo recogía en la nuca. Daba la impresión de que tenía la piel salpicada de manchas. No era una persona pequeña, pero allí sentada se la veía físicamente pequeña. Sin mirarlo, levantó el brazo y lo señaló con los dedos caídos, un ademán de aburrimiento, humorístico, un ademán ante el que Daniel sintió un brinco en el corazón y co-

gió el brazo extendido con las dos manos pensando *Ay, hermana mía, ay, pobrecita mía*, y le besó el dorso de la mano, pensando *Es ella, sigue siendo ella, haga lo que haga, y sólo entonces vio ante sus ojos la venda sujeta con esparadrapo en torno a la muñeca. En cuanto él la hubo visto bien, ella retiró la mano.*

Daniel permaneció sentado junto a su hermana durante diez minutos. Encorvado, mantuvo la mirada fija en el suelo mientras ella continuaba allí con la cabeza reclinada y los ojos cerrados, y parecían las dos mitades complementarias de la escultura de un reloj que intercambiarían sus posiciones al sonar las campanadas. Daniel creía saber lo que era esa sensación de derrota. De asfixia. Lo calamitosa que era. Había tenido arrebatos así. La gente te miraba de una manera extraña y te hablaba por los pasillos. No sabías qué hacer. Se rompía algo, se producía una desintegración de las intenciones, un olvido de lo que cabía esperar de estar vivo. No podías reírte. Te dabas miedo a ti mismo y era un miedo tan puro que una simple mirada al espejo te abrasaba el corazón y te carbonizaba los ojos.

Daniel debió de suspirar. Susan tendió la mano y le dio una suave palmada en la espalda.

—Siguen jodiéndonos —dijo—. Buen día, Daniel. Ya te has hecho una idea.

Él escuchó con actitud de alerta. No sabía si ella había dicho buen día o buen chico. Después de eso se quedó un rato más, pero Susan no volvió a hablar, ni reconoció siquiera su presencia en la sala. Él miró por la ventana, con el hombro apoyado en el marco. La ventana tenía barrotes. Abajo vio a Phyllis jugar con el bebé en la ladera de la colina. En lo alto de la colina había un muro de contención de ladrillo, y detrás de ese muro, un aparcamiento lleno de coches de color pastel. Ante sus ojos apareció un Chevrolet azul oscuro que reconoció: era el coche de los Lewin. Más allá, la vista quedaba interrumpida por el tejadillo del pór-

tico de ladrillo que resguardaba la escalinata de la entrada del hospital.

Sin hablar apenas de nada, sin importarle siquiera si él estaba presente, Susan podía devolverle la empalagosa sensación de familia de otros tiempos, y dar a entender que su mujer no pertenecía a la misma clase y su hijo no tenía la menor trascendencia. Que era algo entre ellos dos, ese estado de orfandad, y que anulaba todo lo demás y los aislaba de todos los demás, y eso sería siempre así, hiciera lo que hiciese él para negarlo. De hecho, yo no intento negarlo. Pero me reservo el derecho de vivir con ello a mi manera, si es posible. En Susan reside el fatídico don familiar de experimentar sentimientos categóricos. Siempre adoptando posturas, ya de niña. Una moralista, una juez. Esto es correcto, aquello incorrecto; esto está bien, aquello mal. Su vida personal exhibida con total despreocupación, sus carencias exentas de pudor, no administradas discretamente como las de la mayoría de las personas. Con su agresiva franqueza moral, con su feminidad estridente y sagaz y repugnantemente sincera. Y todo mal hecho. Siempre mal hecho. Desde la política hasta las drogas, y desde las drogas hasta el sexo, y antes del sexo, las rabetas, y antes de las rabetas, la fe en Dios. He aquí un lamentable efecto: hace mucho tiempo, una noche de junio, en 1954, el 22 de junio para ser exactos, exactamente a las diez, Susan me transmitió la palabra de Dios. Fue durante un partido nocturno entre los Yankees y los Red Sox de Boston. Allie Reynolds lanzaba para los Yankees e iban empatados al final de la séptima entrada. Boston tenía un bateador eliminado y un hombre en la primera base. Al bate estaba Jim Piersall y el cómputo era de tres bolas malas contra un *strike*. Reynolds cogió la bolsa de brea. Mel Allen decía que ganar una base por bolas siempre trae problemas, y mientras hablaba, se oyó un breve pitido por encima de su voz como ocurre en televisión para señalar la hora. En ese momento, Susan, de ocho

años, y yo, de trece, no podíamos mirarnos. Allie Reynolds dejó caer la bolsa de brea, dio un tirón a la visera de la gorra y se inclinó hacia delante en espera de la señal. Fue entonces cuando Susan me dijo que Dios existía.

—Irá a por todas —susurró—. Irá a por todas, una tras otra.

Ay, Susy, mi Susyanna, ¿qué has hecho? ¡Te has dejado engañar por el aparato propagandista moralista internacional! ¡Te han convertido en una drogadicta de la moral! Te han echado a perder el pelo y quitado las gafas de abuela y vestido con una bata de enferma. Ay, Susan, ya ves lo que han hecho, ya ves lo que te han hecho...

#### LA NATURALEZA Y FUNCIÓN DE DIOS TAL COMO SE LO REPRESENTA EN LA BIBLIA

En realidad, eso es lo que hace Dios en la Biblia: como dice la niña, va a por la gente. Se encarga de ella. Impone esa justicia monumental suya. Ay, esas maldiciones, admoniciones; esas plagas, éxodos, hecatombes, muertes repentinas, retribuciones y desgarreros. Los diluvios. Los incendios. Resulta interesante advertir que, en la Biblia, Dios, como personaje, parece casi siempre preocupado por la idea de recibir el reconocimiento de los hombres. Continuamente declara Su Autoridad con recompensas para quienes la reconocen y castigos para quienes no. Realiza trucos ingeniosos. Recurre a la ayuda de humanos justicieros por naturaleza, que se convierten en emisarios, o en transmisores de sus milagros, o que salvan a su pueblo. Cada era tiene que alcanzar el reconocimiento de Dios mediante una prueba o, dicho de otro modo, cada generación tiene que aprender partiendo de cero la lección de Su Existencia. En la Biblia, el drama reside siempre en el conflicto entre aquellos que han aprendido y aquellos que no. O

en la puesta a prueba de aquellos que acaso sean capaces de aprender. En este contexto, resulta instructivo detenerse un momento en la trayectoria de Daniel, una figura (o figuras) a todas luces menor, si no absolutamente apócrifa, que trabajó sin especial entusiasmo para unos cuantos reyes de los imperios postalejandrinos. Corren malos tiempos para Daniel y sus correligionarios, porque son ciudadanos de segunda categoría en un entorno manifiestamente hostil. Pero en esa peculiar simbiosis entre reyes paganos y sabios súbditos judíos, Daniel es por lo visto capaz de paliar los peores excesos de los soberanos contra su pueblo ofreciéndose a interpretar sueños, visiones o apariciones en la noche. Los sueños, visiones y apariciones en la noche son por lo que se ve uno de los riesgos laborales de los soberanos de la antigüedad. Como de costumbre, el rey (Nabucodonosor, o Belsasar, o Ciro) padece un sueño que escapa a su comprensión. Consulta a varios miembros de su séquito: magos, astrólogos, adivinos, sabios caldeos. Como de costumbre, le fallan. In extremis, emplaza a Daniel, un judío. Según parece, Daniel es un hombre humilde, valeroso, y con más fe en Dios que sabiduría, puesto que es mediante las plegarias y la devoción que recibe de Dios las interpretaciones de los sueños que debe hacer para el rey a fin de sobrevivir. En uno de los casos incluso debe recrear el sueño antes de poder interpretarlo, porque al tonto del rey, Nabucodonosor, se le ha olvidado. Por esta sabiduría se concede a Daniel rango ministerial en la tradición de José y Moisés antes que él. Ahora bien, no es una sinecura. Pensemos en Charlie Chaplin, a quien cada noche acoge en su casa el gordo rico en sus borracheras, que luego, a la mañana siguiente, otra vez sobrio, lo echa a patadas. Como una corriente alterna, aunque bastante continua. En un momento dado, los tres hermanos de Daniel son acusados de sacrilegio por los ladinos caldeos, y el rey los condena a morir en un horno al rojo. Dios se cuida de que sobrevivan al fuego, pero la tensión por la que ha pa-

sado Daniel tiene que haber sido de órdago. En otra ocasión, Daniel, acusado de eso mismo, es arrojado al foso de los leones, pero sobrevive toda una noche sin un solo arañazo. La suya es una vida de enfrentamientos, y no es el menor de ellos cuando humilla a su jefe ante la muchedumbre: tú te lo has buscado, reyezuelo. «Dios ha medido tu reino y le ha puesto fin; has sido pesado en la balanza y encontrado falto de peso...» Éste no es un trabajo para un hombre sensible a los ruidos estridentes o las luces intensas. Daniel sobrevive a tres reinados, pero a un coste personal considerable. Hacia el final, sus percepciones pasan a ser más difusas, apocalípticas, histéricas. Una noche padece su propio sueño, una visión extraña y sobrecogedora de bestias híbridas y mares y cielos y fuego y tempestades y un anciano en un trono, e irónicamente no sabe lo que significa: «Yo, Daniel, quedé profundamente turbado en mi espíritu por estas cosas, y las visiones de mi cabeza me dejaron asustado... Quedé muy turbado en mis pensamientos, se me demudó el color del rostro y guardé estas cosas en mi corazón».

Y ya está dicho todo sobre Daniel, Modelo de Fe en Tiempos de Persecución. (Hay que estar desesperado para leer la Biblia.) Cinco adultos intentan rescatar a una muchacha de veintiún años de un manicomio público el Día de los Caídos. Imposible. No es día laborable. No hay nadie para tramitar el expediente, firmar el alta, examinar a la muchacha. Allí no hay nadie que diga que puede irse. Estoy indignado. «¡Pues nos la llevamos sin más!», vocifero. Pero eso es imposible. Robert Lewin, profesor de Derecho del Boston College, no está dispuesto a hacerlo. Lise, su mujer, me dice que me deje de tonterías. Y el doctor Duberstein, el infame doctor Alan Duberstein, hace inútiles llamadas desde la cabina. Duberstein es un hombre delgado y bajo, con voz de pito. Resultó herido en la Segunda Guerra Mundial y tiene el rostro templado por la cirugía plástica. Un pelo lacio que parece cosido

al cuero cabelludo. Piel de estuco, sin cejas. En medio de este desastre, lleva hincada una pipa. Tiene manchas en la corbata a rayas y los zapatos de ala necesitan un lustrado.

—Me han dicho que no habría ningún problema —insiste a la enfermera de ingresos—. Tenemos ahí fuera una ambulancia que le cuesta a esta gente treinta y cinco dólares la hora.

—Eso no está en mis manos —dice la enfermera de ingresos. Es corpulenta y jovial. La policía encontró a Susan en la autopista y la llevó al hospital, y por lo tanto queda bajo la tutela del Estado—. Hay que darle el alta —dice la enfermera con paciencia. Ése debe de ser el tono que emplea con los enfermos mentales. Cadencioso—. Yo no puedo y usted tampoco. Ni siquiera hemos mecanografiado aún el diagnóstico de ingreso.

Me paseo por el vestíbulo golpeándome la palma de la mano con el puño. Phyllis se sienta en un banco, y el bebé resbala por su regazo. Muy seria, me sigue con la mirada, tira del bebé hacia atrás, éste forcejea, ella vuelve a tirar. En realidad no deseo rescatar a Susan por la fuerza. Pero ojalá tuviera su capacidad para hacer las cosas a lo grande: ese talento para provocar conmociones públicas, ese don de familia. De hecho, tanto mejor si mantienen a Duberstein lejos de ella. Y también a nuestros padres, ya puestos. Susan ha estado visitando a Duberstein durante años; una vez me dijo que le había perdido el respeto al enterarse de que jugaba al golf dos veces por semana. Y entonces, ¿por qué vas, Susan? «Alivia las preocupaciones paternas», contestó Susan, la universitaria. Alivia las preocupaciones paternas. Al pensarlo, me siento culpable por ambos. Miro a los Lewin: pálidos, inquietos, otra vez en la línea de fuego. No soporto la culpabilidad. Empiezo a reprenderlos. Deberían haberme llamado antes. Yo habría tenido el sentido común de sacarla de aquí ayer. «¿Qué pretendíais esconderme? ¡Con qué fin!»

Lise, mi madre, una mujer menuda con blusa, minifalda, za-

patos planos y bolso al hombro, es una curiosa combinación: mitad Cuerpo Femenino del Ejército en 1945, mitad vienesa encantadora un tanto entrada en años y muy puesta en cuestiones de moda. Se sienta en el banco al lado de Phyllis y coge al bebé, un gesto maternal inconsciente que complace a ésta porque la integra en la familia.

—Vamos, Danny —dice Lise—. No digas bobadas. Nadie te ha escondido nada. Tú estás allá. Nosotros estamos aquí. Somos sus padres. Nos ocupamos nosotros. Y si alguien de la familia puede librarse durante veinticuatro horas, ¿por qué no? ¿O es que todos tenemos que abandonar nuestras actividades?

Parece estar sobrellevando el asunto con más entereza que mi padre. Mi padre, con su voz apagada, propone a Duberstein distintas líneas de acción. Hay médicos que trabajan incluso el Día de los Caídos. Buscar al médico encargado. Hablar con él. Si no está en el edificio, averiguar dónde está y llamarlo. Mi padre quiere mucho a Susan. Da la impresión de que los excesos de ella siempre lo dejan en un estado de contemplación. Ella nunca había estado tan mal, esto es lo peor que ha hecho; quizá se le ha pasado por la cabeza que la tendencia de nuestras vidas es el deterioro, que el movimiento de nuestras vidas es hacia la muerte.

Con muy justa razón, al oír mi acusación pusilánime, se niega a darse por aludido. Hace tiempo que he renunciado a todo derecho en lo que se refiere al bienestar de Susan. ¿Quién soy yo para decirles qué debe o no debe hacerse? Pero él me concede mis derechos.

—Salgamos —dice.

Todos esperamos en el aparcamiento mientras Duberstein va en busca del director médico. Las mujeres y el niño suben al coche de los Lewin, un Impala de 1965 con cambio manual, y dejan las puertas abiertas; mi padre y yo, de espaldas al hospital, nos apoyamos en la calandra del coche y miramos colina abajo. Detrás de

nosotros, cerca de la entrada, una lustrosa ambulancia roja y gris permanece en espera, el conductor dormido tras el volante con la gorra caída sobre los ojos. La colina está salpicada de pacientes aferrados a bolsas de papel marrón.

—Sabíamos que estaba deprimida —dice Robert Lewin—. Queríamos que viniera a pasar el fin de semana a casa, pero dijo que tenía que mantenerse a distancia. No se le notaba tan mal. Ha estado yendo a clase. Ha estado cumpliendo con sus obligaciones.

Mi padre aparenta más edad por momentos. Forzosamente ha de sentir que el intento de deserción de Susan es culpa suya. Si mi madre se siente igual, no lo exterioriza. Se me ocurre que no me han llamado de inmediato porque temían mi reacción. No sabían muy bien cuál sería, no sabían muy bien si Daniel era o no capaz de lo mismo, como si lo que Susan ha hecho fuera contagioso.

El suspense es lo único que cabe esperar a Robert Lewin como padre de estos hijos. Ni siquiera tiene la garantía de sus propios genes. Siento una ternura tan triste por ese hombre que le rodeo los hombros con el brazo. No es ningún inútil. Trabaja como una mula, y es miembro de varias comisiones, y ofrece sus servicios como abogado a gente pobre, y escribe para publicaciones jurídicas. Es una figura importante en la Unión Americana por las Libertades Civiles. Goza de gran popularidad entre sus alumnos; es una espina que el decano tiene clavada, participante en las manifestaciones contra las campañas de contratación de Dow Chemical. Cuando tiene tiempo, le gusta leer *The New Yorker*.

Ninguno de los dos Lewin sería capaz de arrepentirse de lo que han hecho por Susan y por mí. Pese a lo crueles que somos. Y somos de lo peor. Quiero decir de lo peor de lo peor. Pero deben de saber que no les deseamos ningún mal, aparte del propio mal de nuestro amor por ellos. Todos en la familia comprenden el peso mitológico de acciones mucho menores que sus consecuencias.

Mi hermana y yo nunca podemos infligir un daño absoluto: eso es lo que nos salva. El derecho a ofender de manera irreparable es un derecho de nacimiento.

De pronto Daniel se sintió abrumado por una intensa y dulce sensación de día festivo. El sol intentaba asomar; las leves y cálidas brisas del día encapotado jugueteaban ante sus ojos; estaba allí, en Worcester, Massachusetts, con todos los miembros de su familia inmediata, ante una perspectiva de lo más halagüeña. Se sentía agradecido con Susan por aliviar el peligroso tedio de su vida de posgraduado. Ella se pondría bien. Entre tanto, había drama, una dulce fatalidad, una recarga de los débiles y difusos impulsos de pasárselo todo por el forro. Robert Lewin percibió su lástima y le correspondió cálidamente. ¿Daniel estaba bien? ¿Habían comido él y Phyllis desde que salieron de casa esa mañana? Sacó de la guantera un puñado de chokolatinas.

—Milky Ways para todos —dijo con una sonrisa triste.

Y había un coche del que ocuparse, el coche de Susan, todavía en el aparcamiento del Howard Johnson cerca de la Salida 11 de la autopista en dirección oeste. Los dos hombres conversaron tranquilamente, creando consuelo mutuo en la templada tarde mientras Duberstein proseguía con sus inútiles intentos por conseguir que las autoridades del hospital dieran el alta a Susan. Creando interés mutuo, y luego, en un círculo de trivialidades cada vez más amplio, interés también por sus esposas, por el niño gordo e inocente y por todos los incluidos aún en su capacidad de interesarse, por todos aquellos que pudieran salvarse mediante el interés por ellos. La tarde pasó a ser festiva...

Bujarin no era ningún ángel, eso por descontado. Durante su juicio, habló del perdón por el asesinato de Blancos en el fragor de la lucha revolucionaria. Sometiéndose a Stalin, se sintió obligado a distinguir entre el asesinato políticamente necesario y el terrorismo entre facciones. En 1928, diez años antes de su juicio,

criticó la línea de industrialización forzosa de Stalin y comparó a Stalin personalmente con Gengis Khan. En septiembre de 1936, se convocó una reunión del Comité Central para debatir la expulsión de Bujarin, Tomski y Rikov del Partido por encabezar una conspiración trotskista derechista. Bujarin afirmó que la verdadera conspiración era de Stalin y que éste, para conseguir un poder ilimitado, aniquilaría el Partido Bolchevique, y para ello, por tanto, él, Bujarin y otros debían ser eliminados, y ése era el motivo de la acusación contra él. El Comité Central aceptó la defensa de Bujarin y se opuso a la expulsión. Se retiraron los cargos de conspiración. Un año después, noventa y ocho miembros del Comité Central fueron detenidos y fusilados. (Esto lo sabemos por boca de N. Krushev en su discurso del xx Congreso del Partido.) Luego volvieron a presentarse los cargos y Bujarin fue juzgado.

De hecho, hay aquí varios misterios que examinar. ¿Por qué los americanos se sienten tan autosuficientes ante las circunstancias del tormento nacional ruso? ¿Por qué dos policías estatales, al encontrar a una chica desangrándose en el lavabo de mujeres de un Howard Johnson, no la llevaron al hospital más cercano, sino al manicomio público más cercano? Aunque, bien pensado, es muy posible que entre estos misterios exista alguna relación.

Temas que abordar:

1. El viejo póster que encontré en el Volvo de Susan, en el asiento delantero, dentro de un tubo de cartón.
2. La tremenda escena de la última Navidad en la casa de la familia judía en el número 67 de Winthrop Road, Brookline, una casa para dos familias construida, como es propio de ese barrio, para parecer unifamiliar.
3. Nuestra abuela loca y el negro enorme del sótano.
4. Dar cuerpo a los Lewin como personajes, tal vez seguirlos a

la autopista y luego a Brookline. Recuerda que no caíste en la cuenta hasta que entraste en el coche de Susan. Siguen jodiéndonos. Ya te has hecho una idea. Buen chico, Daniel.

5. Con tal de que no empieces a pensar que estás haciendo algo que tiene que hacerse. Quiero que eso quede claro, eh. Eres un traidor. No hay uso alguno, por miserable que sea, al que no destinarías tu patrimonio. Eres la clase de traidor que traiciona sin motivo. Que se quedaría aquí sentado y escribiría todo esto jugando consigo mismo en lugar de hacer su trabajo... ¿Qué te crees, que el profesor Sukenick vendrá a ver si estás trabajando? ¿Crees que a él le importa? O simplemente buscas a otro padre. ¿Cuántos padres necesita un chico? ¿Por qué no sales a buscar un empleo? ¿Por qué no la armas? ¿Por qué no la armas muy gorda? ¿Por qué no armas una que le demuestre a Susan cómo se hacen las cosas?

SILENCIO EN LA BIBLIOTECA: ¿Quién es este tipo que de pronto se aparta de su silla y tropieza con la mesa de lectura, y entra apresuradamente en el almacén en busca de cualquier cosa? ¿Necesita la Universidad de Columbia a esta clase de estudiante? ¿Examinando los estantes como un ladrón, saqueando todo lo que atrae su mirada, volviendo a trompicones a su sitio, cargado de fuentes de documentación secundarias! ¿Dónde estudia! ¿Cómo se llama!

6. El viaje al centro de la ciudad para ver a Artie el Revolucionario y la sospecha de tejemanejes económicos en marcha.

7. La Fundación Isaacson. ¿ES TAN TERRIBLE NO GUARDAR EL ASUNTO EN MI PECHO, SACAR EL ASUNTO DE MI PECHO, VACIAR MI PECHO DE ESTE ASUNTO? ¿QUÉ ME PASA EN EL PECHO?

Empezaba el verano de 1967. Habría una oleada de quemas de cartillas de reclutamiento. Habría disturbios en Newark y Detroit. Los jóvenes de Estados Unidos probarían una forma de

protesta originada en este siglo por los monjes budistas de Vietnam del Sur. Se rociarían de gasolina y se prenderían fuego con cerillas. Morirían quemados en señal de protesta. Pero yo, Daniel, sufría, y las visiones de mi cabeza me atribulaban y no quiero guardar el asunto en mi pecho.

La enorme mano de Ascher era como una tira de acero. Era un hombre afable, de voz suave, pero cuando se exaltaba, perdía el control de su considerable fuerza y no era consciente de que la utilizaba. Daniel intentó apartarse, aflojar el anillo de dolor en torno a su muñeca, pero la respuesta de Ascher fue apretar aún más y tirar incluso con mayor fuerza.

—Vamos, niños, vamos —dijo el abogado.

Con esfuerzo, subieron por la escalera del metro, un empinado tramo recubierto de polvo negro y salpicado de envoltorios de chicle y colillas aplastadas. Detrás de ellos subían los olores calientes de las palomitas, pizzas, donuts, *pretzels* de la galería: todas las maravillas de la nutrición barata siguiéndolos como los gritos de los animales en una tienda de animales domésticos. Siempre imaginaba que querían que los compraran.

—Vamos, niños, vamos.

Susan, que era más pequeña, más ligera, de piernas más cortas, no podía seguir el paso. Colgada de la mano carnosa de Ascher, golpeteando sus zapatos en los peldaños, hacía pie un instante para verse alzada en el aire enseguida.

—¡Me hace daño! —exclamó.

¿Por qué los sujetaba así? ¿Acaso temía que se escaparan?

—Le hace daño en el brazo, señor Ascher —dijo Daniel—. Si nos suelta, subiremos por la escalera más deprisa que usted.

—¿Cómo? Muy bien, pues, corred —contestó Ascher. Fro-tándose las muñecas, treparon escalera arriba y dejaron atrás fá-

cilmente al abogado corpulento y pesado—. ¡No os caigáis! —les gritó—. Al llegar arriba, parad.

Ahora más tranquilos, observaron con curiosidad la gran mole que se esforzaba por alcanzarlos. Allí donde estaban, en la boca de la entrada casi vertical del metro, convergían dos vientos, la corriente tibia subterránea que se elevaba para acariciarles la cara y las ráfagas de frío cortante de la calle en la espalda. Polvo, papeles, hollín se arremolinaban en el suelo. Era un día frío y ventoso. El brillo del sol los deslumbraba.

Ascher subió los últimos dos peldaños apoyando las manos en sus propias rodillas.

—Ya no me queda mucho tiempo de vida —dijo, intentando recobrar el aliento. Los apartó del aluvión de gente que accedía a la escalera.

Se arrimaron a la pared del edificio mientras Ascher respiraba hondo y se orientaba. Enfrente estaba el Bryant Park y la Biblioteca Pública; a la derecha, la Sexta Avenida.

—Por ahí... vamos hacia el oeste —dijo Ascher, y cogiéndolos de nuevo por la muñeca, se pusieron en marcha.

Esperaron a que cambiara el semáforo, cruzaron la Sexta y continuaron por la calle Cuarenta y dos hacia Broadway. El quiosquero llevaba orejeras. Soplaban un fuerte viento. Los niños caminaban ladeando la cara, Daniel con el borde irregular del gorro calado hasta la frente. Moqueaba y sabía que el viento le irritaría la piel. Le traspasaba el pantalón. El grueso abrigo gris de Ascher se agitaba ante sus ojos. De pronto le soltó la muñeca y se vio atraído por la mano de Ascher hacia su cuerpo, contenido por la mano, a resguardo del viento.

—No os apartéis, así podréis andar —dijo el abogado. De modo que parecía una extraña bestia de seis patas avanzando por la ventosa Sexta Avenida, los dos niños contra los costados del hombre.

—Siempre la misma suerte —masculló Ascher al viento—. Siempre nos cae la misma suerte.

Con la cara hundida en el abrigo de Ascher, Daniel percibía sonidos: bocinas, coches arrancando y deteniéndose, el sonido amplio y sin embargo suave de los pasos de innumerables personas, la música procedente de una tienda de discos. Y luego el ruido de cascos que lo indujo a echar la cabeza atrás y mirar al otro lado del abrigo. Dos policías a caballo, de espalda recta, altos, viriles en sus magníficos caballos zainos. Y sabiendo que eran reaccionarios, se sintió culpable por admirarlos.

El abogado habló.

—Ahora debéis quedaros cerca de mí y hacer lo que yo os diga. Llegamos un poco tarde. Lo veo ya desde aquí, una multitud descomunal, es un gran homenaje. Deberíais estar orgullosos. Cuando estéis allí arriba, mantened la cabeza en alto, orgullosos y erguidos; no os encorvéis, quedaos bien rectos. Para que todo el mundo os vea. *Vershtey?* No tengáis miedo. ¿Qué pasa, pequeña?

—Me ha entrado algo en el ojo.

—Ahora no tenemos tiempo, Susan. Vamos.

Sujeta por Ascher, Susan se inclinó hacia atrás y plantó los pies en el suelo.

—Me ha entrado algo en el ojo —insistió.

—Mantén el ojo cerrado. Ya saldrá solo.

—¡No! Me duele —dijo ella.

Ascher le soltó la mano y empezó a gritar. Daniel comprendió que todos estaban nerviosos. Cogió a su hermana de la mano y la llevó a la puerta de una zapatería. Allí estaban a resguardo del viento. Se quitó los guantes y se levantó uno de los faldones del chaquetón y se hurgó en el bolsillo en busca de un pañuelo.

—Quítate las gafas —dijo—. No te frotes. Aparta la mano: así. Mira hacia arriba.

Tenía contraída la carita roja en torno al ojo cerrado.

—¿Cómo voy a ver qué es si no abres el ojo? —dijo Daniel.

—No puedo.

Daniel se echó a reír.

—Venga, Susyanna; tendrías que ver la cara que pones.

—¡No pongo ninguna cara!

—Por favor, niños, llegamos tarde. ¡Esto es algo muy importante! ¡Deprisa, deprisa!

—Sólo un momento, señor Ascher —dijo Daniel—. Oiga, no es más que una niña.

El patetismo de esta descripción afectó tanto a Susan que rompió a llorar. Daniel la abrazó y le pidió disculpas. Ascher dijo algo entre dientes en yiddish y levantó los brazos. Luego los dejó caer con un golpe sordo contra los costados. Se alejó y volvió a acercarse.

—Venga, Susan, déjame sacártelo, y cuando lleguemos a casa, jugaré contigo. Jugaré contigo al Monopoly.

Eso era todo un premio por lo largas que eran las partidas.

Susan abrió el ojo afectado, parpadeó y volvió a parpadear. Descubrió entonces que lo que quiera que fuese había desaparecido.

—*Gottzudanken!* —dijo Aschen.

—¿Jugarás igualmente conmigo? —quiso saber Susan.

—Sí.

Daniel le limpió las lágrimas, le limpió la nariz y luego se limpió la suya.

—¡Daos prisa, daos prisa! —instó Ascher.

Cuando llegaron a la esquina de Broadway, ya no soplaban tanto el viento porque la calle estaba llena de gente. Se adentraban en una multitud. Más policías a caballo, en fila de a dos, permanecían junto al bordillo. Otros policías, a pie, desviaban el tráfico de Broadway hacia el este y el oeste por la calle Cuarenta y dos, que es lo que creaba el atasco. Se oyeron bocinazos y un po-

licía hizo sonar su silbato. En la avalancha de gente, Ascher sujetó a Susan y Daniel de la muñeca y cruzó con ellos por los huecos entre los coches. Dos manzanas enteras de Broadway, de la calle Cuarenta a la Cuarenta y dos, estaban acordonadas. La gente ocupaba la calzada. Era un espectáculo extraordinario. El centro de atención estaba en la calle Cuarenta: un hombre sobre una tarima vociferaba por un micrófono. Dos altavoces en lo alto de unos camiones proyectaban su voz hacia el gentío pero costaba oír lo que decía. La multitud, que escuchaba con atención, parecía ahogar el sonido con su apelonamiento. Un hombre diciendo algo en voz baja a la persona que tenía al lado anulaba las palabras amplificadas. Sólo los ecos de la voz ininteligible reverberaban en los edificios. Entre la multitud, algunos sostenían pancartas, y en ciertos momentos de la alocución, cuando los aplausos repiqueteaban como canicas cayendo al suelo, las levantaban rítmicamente.

Ascher condujo a los dos niños a la periferia de la multitud, manteniéndose cerca de los edificios, donde la concentración era menor. Iban en fila india, Ascher delante de Daniel sujetándolo por la muñeca y Daniel tirando de Susan.

—Perdone —decía Ascher—. Disculpe.

Pero en la calle Cuarenta y uno, la multitud se espesó demasiado para seguir con esta táctica. La gente se apiñaba justo hasta los edificios. Daniel no veía más acera que el trozo que pisaba. La respuesta de Ascher fue sumergirse en la muchedumbre, atravesando la calle en diagonal y abriéndose paso por la fuerza entre los abrigos.

—Déjenme pasar, por favor. A un lado, a un lado.

Ahora el calor era sofocante. Daniel sentía la multitud como un peso bajo el que moriría aplastado si el camino que Ascher abría llegaba a cerrarse por alguna razón. Alguien levantó el codo y le ladeó el gorro de un golpe. Con las dos manos ocupadas, no

pudo enderezárselo. Al final se le cayó. Susan se agachó para recoger el gorro y a Daniel se le escapó de la mano. Ascher tiraba de Daniel y Susan desapareció al cerrarse las filas detrás de él.

—¡Espere! —gritó, forcejeando para desprenderse de Ascher. Le ardía la muñeca en la tira de acero.

—¡Daniel! ¡Daniel! —llamaba su hermana.

Presa del pánico, Daniel gritó y clavó los talones en el suelo. Se soltó. Pugnó por volver atrás, empujando entre los cuerpos que eran como árboles, como peñascos inamovibles.

—¡Susan!

La gente miraba hacia abajo con enfado.

—¡Chist! —decían para hacerlo callar.

La voz amplificadas llenó el cielo sobre su cabeza: «¿Ésta es nuestra supuesta justicia americana? ¿Es éste el ejemplo que damos al mundo de la justicia y el juego limpio americanos?».

—¡Éstos son los hijos! —oyó clamar a Ascher—. ¡Aquí están los hijos!

Daniel se topó con Susan antes de verla: sujetándose el sombrero con las dos manos, sin más espacio alrededor de ella que el que ocupaba su cuerpo, los brazos comprimidos contra el pecho. La rodeó con el brazo e intentó recuperar el sentido de la orientación. El calor era insoportable. Alzó la vista. Vio el cielo. Vio los tejados de los edificios a la izquierda. Decidió que si atajaban por la derecha, llegarían a la acera y podrían seguir el bordillo hacia el principio de la multitud. Sabía cómo volver a casa.

—Esto no me gusta —dijo Susan—. ¡No puedo moverme!

—¡Aquí están! —Un hombre de pie junto a él bajó la mirada—. Los tengo.

Y de pronto ahí estaba Ascher, y una vez más tiraba de ellos hacia delante.

—Éstos son los hijos —repetía Ascher—. Abran paso, por favor. Traigo a los hijos.

Al final la gente lo entendió.

—¡Tiene a los hijos! —se decían unos a otros.

Al frente, Daniel vio una pancarta extendida entre dos palos de un lado al otro de la tarima. ¡LIBERADLOS! Alguien lo levantó, y Daniel se encontró de pronto encima de las cabezas del gentío, impulsado sinuosamente como un objeto a flote en el mar. Se aterrorizó. Oyó la voz de Susan detrás de él.

—¡Bájenme! —decía—. ¡Socorro! ¡Danny!

Y finalmente fue la voz amplificadora lo que atronó en Broadway:

—¡Aquí están los hijos!

Cuando les dejaron a Susan y a él, tambaleantes, encima de la tarima, un gran rugido le llenó los oídos. Daniel estaba aturdido. Cogió de la mano a Susan. Sofocados y sin aliento, aturridos por el movimiento de las cabezas y los millares de voces en movimiento como el fragor del mar, contemplaron la multitud, un ser inmenso y horrendo con millones de ojos que parecía ondear en el desfiladero de la calle, propagando vida, ruido e indignación en grandes olas hacia la tarima. Aislado, sintió el viento en los ojos. Sintió por un momento que él y Susan habían sido traicionados y que aquella gran masa de agua los envolvería y arrastraría. Pero el fragor, aunque dirigido a ellos, no era para ellos; era para otros que habitaban en un reino tan misteriosamente simbólico que desafiaba su comprensión. Al pie de la tarima, a los pies de Daniel, Ascher lo miraba desde la calle, su semblante triunfal, beatífico. Gritaba algo, pero Daniel no lo oía. El hombre que había estado hablando le rodeó el hombro con un brazo y rodeó a Susan con el otro, delicadamente, pero con inequívoca autoridad, colocándose entre ellos. Los niños seguían cogidos de la mano. Y el rugido de la multitud era ahora un cántico, como un gran coro que resonaba en los edificios hasta convertirse en un continuo ¡Liberadlos, liberadlos, liberadlos! Y Su-

san y él se quedaron petrificados por las pancartas, los retratos en gran tamaño de su madre y su padre en todas partes por encima de la multitud, subiendo y bajando rítmicamente mientras la multitud rugía ¡Liberadlos, liberadlos, liberadlos!

Bueno, chaval, ahora ya lo sabes. Ya está bien de juegos, ¿eh que sí? ¿Eh, listillo? Ya sabes de qué va, ¿no, papaíto? Ya te haces una idea. Esto es la historia de una cagada, ¿no? ¿Estás extendiendo tu mapa literario, joputa? Ya sabes adónde vamos, ¿eh, hijo de puta?

## UN FENÓMENO INTERESANTE

Muchos historiadores han observado un fenómeno interesante en la vida estadounidense en los años inmediatamente posteriores a una guerra. En los órganos de gobierno, un vehemente partidismo sustituye a las forzosas coaliciones políticas en tiempos de guerra. En el ámbito más amplio de las relaciones sociales —el comercio, el medio laboral, la comunidad— aumenta la violencia; el miedo y las recriminaciones dominan el debate público; la pasión se impone a la razón. Muchos historiadores han observado este fenómeno. Se atribuye a la prolongación de la histeria bélica una vez terminada la guerra. Lamentablemente, el forzoso ardor emocional por librar una guerra no se puede apagar como un grifo. Hay que seguir buscando enemigos. El cerebro y el corazón no pueden desmovilizarse tan deprisa como el regimiento. Por el contrario, al igual que un horno abrasador al rojo, tarda un tiempo considerable en enfriarse.

Pongamos por caso la Primera Guerra Mundial. Justo después de esta guerra, el ideal de comunidad internacional del pre-